



Alejandro Galaz

Han pasado 36 años de la muerte del poeta Alejandro Galaz, periodista de "El Mercurio".

Para muchos portos de su generación, esos años significan sencillamente el olvido. Pero el poeta de Casablanca nos dejó una obra llena de fervor, de rica imaginación y sensibilidad, que mantiene su fuerza porque fue concebida como un retorno a la infancia y a la juventud. Manuel Antica en el prólogo de "Sonido de flautas en el alba", nos ha dicho: "El poeta resiste triunfal la dura prueba. Su voz se prolonga pura, diáfana, en arco iris tendido sobre el tiempo, luminosa, plena de natural belleza, cuajada de emoción en un cielo despejado de nubes y de turbulencias que pudieran perturbar su límpida visión. Es como un encantamiento", concluye.

La vida de Alejandro Galaz se vio perturbada por una larga bohemia, que en su época era natural en todo creador. En las reuniones, junto a la mesa de mármol y a una botella de vino, se escribía mentalmente, se concebían cuadros, se constituía todo un mundo artístico, lleno de pasión que después se llevaba a la tela o al papel. Pero en la obra de Galaz no se ve el arranque de lo demente, el siglo satánico que hace rugir al poema. En toda su obra hay una constante de ponderación, de serenidad. Porque Galaz tuvo la suerte, de vivir una pasión amorosa que reemplazó el arco-iris de un poema con la dulce y melancólica lira de un corazón enamorado. Su amor fue su inspiración y su nombre, le prestó la seriedad de sus ojos azules y de su rubia cabellera, la legítima y dulce palabra que trata de sus remotos antepasados. A través del amor Galaz escribió una obra que perdura y que crece porque encuentra asideros en el corazón del lector.

Vivió y escribió en una época de grandes transformaciones políticas. El romanticismo había sido sacudido y derribado por el alud modernista y ambas tendencias vivían semiconciliadas en Pe-

dro Antonio González, Miguel Magallanes Maure y Jorge González Bastías. El canto revolucionario que trajo "Azul", publicado en este puerto, y el nuevo mensaje de "Cantos de Vida y Esperanza", daban en su infancia sus últimos aleteos. Los cielos y las odaliscas habían sido abandonados y derrotados por una pujante escuela poética que, nacida en Francia, extendía por todas partes su victoriosa promoción. El descubrimiento de la vida misteriosa y barbalecta del subconsciente que trajo el surrealismo, la gravitación que el mundo onírico dejaba sentir en toda su creación artística, pero principalmente en la palabra y en la poesía, abrieron los caminos a una nueva concepción de la poesía que la liberaba, al fin, de la prisión de la rima y los metros tradicionales.

Alejandro Galaz es todavía un poeta que vive dentro del ritmo, de la música y de la métrica. Ha abandonado, sin embargo, la tesorecencia y los fuegos artificiales que nos legara la escuela de Rubén Darío, sin alcanzar a vivir la nueva epopeya. Cuando él muere, en 1938, recién suecan en Chile las primeras campanas de las nuevas tendencias. Justamente entonces aparece la llamada escuela de la Mandrágora, en que bella Brulio Arenas, entrada de las escenas de Brecht. Algunos, en la capital, ya están de vuelta. Se burlan del hermetismo y del desorden de la poesía surrealista, para crear el surrealismo. El poeta, encerrado entre Casablanca y el puerto, no puede recibir tales influencias. Quizá por ello algunos críticos tienden a considerar a Galaz como un poeta menor. Es difícil predecirle que habría escrito de no haber fallecido a los 25 años de edad.

En la obra de Galaz la infancia, o mejor aún, los recuerdos embellecidos de la infancia, tienen un papel fundamental y lo salvan del tiempo destructor por lo que tienen de universal y permanente. Sus romances de infancia, que respiran el alma fragante de los poemas

de su tierra natal, figuran en todas las antologías del país que no son el receptáculo de un grupito exclusivista. Hay en ellas una emoción contenida y una palabra tierna como un susurro, que es un canto a la vida, una vez que suena y resuena como una canción y que nos trae a todos pedazos de nuestra infancia multicolor por más descolorida que los años la hayan dejado.

Pero junto a sus romances está viva y sangrante la pasión amorosa, el canto a la plenitud que el amor representa, el fuego que lo nutre, la fuerza que lo arrastra, que lo motiva y lo encadena. Galaz había escrito que "el poema lírico era el despertar de la imagen dormida" y fiel a este precepto de sus vivencias infantiles y de sus experiencias amorosas saca el material de sus poemas para vestirlo con la suave seda de las palabras que nacen aladas y placenteras. Los cielos, el mar y los barcos de Valparaíso, sus pechos de bohemia, su aldea natal, que poemas que es un barco velero arrastrado a la llanura, completan la temática de un poeta que no tuvo influencias, que no siguió modas ni escuelas, pero que supo entresacar de su formación espiritual, del fondo misterioso de su alma juvenil y enumerada, amiga de la descripción cotidiana hecha en pocas pinceladas, un suave acento personal que le da permanencia y belleza.

Alejandro Galaz tanto como un poeta de la infancia, con su brillante tropo de siete colores, es un poeta del amor. Y el amor lo inspira algunos de sus mejores poemas. Como si fuera un dios primitivo le dedica una larga oración con la pasión del creyente enamorado y por eso va al bosque a "beberse la primavera" y le daría todos los días que le quedara —que no son muchos— a "la vida de la cabellera como los trigales maduros". Su lenguaje es tierno, reposado, ingravido. Nunca persigue la imagen porque está, le viene



ALEJANDRO GALAZ

sola, como la metáfora, produciendo un verdadero impacto. Todo abre para el poeta su caja de sorpresas, todo lo viste de violetas, lo embellece, porque la paz lo posee, lo alimenta. Descuelga los recuerdos, ahuyenta las viejas sombras de los viejos mares y su canto se extiende como un rumor de pájaros sobre la melodía del tiempo en busca del corazón que vive en las bramas triunfales del amor aun sabiendo que bajo la Cruz del Sur se quedará dormido para siempre.

Aunque escribió desde muy niño, sólo nos ha dejado dos libros de poemas: "Mojinos", que fue publicado en 1915 y que ahora es inencontrable y "Sonido de flautas en el alba", publicado 20 años después de su muerte, en 1938, gracias a una gestión que hizo la Sociedad de Escritores de Valparaíso cerca del alcalde de aquel tiempo, el señor Santiago Díaz Buzeta, que publicó el primer libro de Sara Vial: "La ciudad indecible". "Sonido de flautas en el alba", a pesar de su extraño y rimbombante título, no es un libro modernista. Está dentro de la línea del realismo poético, fiel a la realidad que vive el poeta, que no es, naturalmente, la realidad cotidiana, pero que se nutre de ella. No es un libro de fantasías, de flautas y trompetas que suenan al amanecer, sino que es un libro de experiencias vitales, rico en tonalidades campestres, una suntuosa teología del amor y de la serenidad.

Modesto Parrera

Alejandro Galaz [artículo] Modesto Parera.

Libros y documentos

AUTORÍA

Parera, Modesto, 1910-2003

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alejandro Galaz [artículo] Modesto Parera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile